



Memoria del entierro provisional de Teilhard de Chardin en St. Andrew-on-Hudson

Roger HAIGT*
UTS, New York, USA

El martes 12 de abril 1955, era un día lluvioso frío en Poukeepsie, a unos kilómetros al norte de Nueva York, río Hudson arriba. A última hora de la mañana se nos pidió a un grupo de nosotros, los novicios del noviciado jesuita de St. Andrew-on-Hudson, que nos reuniéramos en el claustro noreste de la parte de atrás del edificio a lo largo del lado de la iglesia. Aportamos así nuestra presencia en el funeral de Pierre Teilhard de Chardin sj, quien fue traído en un coche fúnebre desde la ciudad de Nueva York, después de una misa de réquiem, temprano en la mañana, en la Iglesia de San Ignacio de Loyola de Manhattan. Puedo asegurar que nadie entre los novicios sabía quién era Pierre Teilhard de Chardin, aparte de que era un jesuita francés que vivía entonces en Nueva York.

Esta fue la única vez en mis cuatro años en St. Andrew (1954-1958) que se pidió a los novicios o estudiantes acompañar a un jesuita en su entierro. Fue algo de recordar, porque este jesuita destacaba en nuestra imaginación por ser francés, en vez de estadounidense. Como era poco habitual, ello añadió un halo de misterio sobre él.

Recuerdo especialmente la llovizna sombría de aquella mañana gris, todavía demasiado temprana en aquella primavera como para que los árboles mostraran ningún brote. Recuerdo el coche fúnebre negro que se detuvo al lado de nosotros, los novicios, en el claustro, y la ropa negra y los paraguas negros que marcaron la escena. Según un diario oficial guardado en San Andrés, el P. Emmanuel de Breuvery sj, un economista francés en las Naciones Unidas, amigo de Pierre, fue uno de los jesuitas que acompañaron el cadáver desde Nueva York.

La parte trasera del coche fúnebre dio hacia la puerta de la cripta o mausoleo temporal en cuyos nichos eran colocados los jesuitas que murieron en el invierno, porque el suelo del terreno del cementerio todavía estaba congelado, y el enterramiento como tal tuvo que ser pospuesto hasta que llegó el deshielo de la primavera.

Nosotros quedamos viendo la escena un poco por encima, a una distancia de unos veinticinco metros. El cadáver del Padre Pierre fue transferido del coche fúnebre a uno de los nichos en la cripta que, por estar a la vuelta de la parte posterior de la capilla, quedaba fuera de nuestra línea de visión. El acto no pasó de 15 minutos después de la llegada del cadáver. Después nos fuimos a almorzar con la comunidad del seminario, como de costumbre. No vimos más de la celebración funeral.